

El segundo milenio a. C. Una época de «cambio» en el Mediterráneo: las prácticas funerarias

C. POYATO HOLGADO *
A. M. VÁZQUEZ HOYS **

En el extremo oriental del Mediterráneo tienen lugar una serie de profundos cambios en las estructuras sociales y económicas a lo largo del II milenio a.C., es decir, durante las etapas conocidas como Bronce Medio y Reciente en líneas generales, aunque cada una de las áreas culturales y políticas posean unas características propias en su evolución que las independizan entre sí, pese a que las interrelaciones entre los distintos grupos humanos, así como entre las diferentes unidades supraestructurales, sean muy importantes, desarrollándose en niveles que afectan, prácticamente, a todos los campos de la actividad humana.

Una de las manifestaciones más importantes de la estructura y carácter de las sociedades en todos los tiempos son las prácticas funerarias, puesto que los ritos de enterramiento parecen ser uno de los elementos distintivos de los grupos culturales, por lo que bruscas rupturas en la tradición funeraria o la introducción de nuevas costumbres, a la vez que continúan estando vigentes las más antiguas, hacen suponer que ha existido una quiebra en los valores más profundos de esas sociedades, o bien que están apareciendo nuevos elementos en el seno de grupos que, de una u otra manera, han conservado su identidad cultural. Por tanto, las prácticas funerarias pueden proporcionar una valiosa información acerca de la evolución de las sociedades, información que en el caso del Mediterráneo Oriental resulta inestimable, por cuanto en esas

* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid.

** Departamento de Prehistoria e Historia Antigua, UNED, Madrid.

regiones se encuentran, durante el II milenio, algunos de los núcleos de mayor actividad política y económica que conocemos.

La ruptura de la tradición cultural en amplias regiones del Próximo Oriente y del Mediterráneo probablemente se debe al asentamiento y desarrollo de las poblaciones que bruscamente habían irrumpido en esa zona, alterando, en muchos casos, la evolución cultural, política y económica de las poblaciones del Bronce Antiguo. Uno de los elementos que proporcionan una mayor información acerca de esa ruptura cultural son las prácticas funerarias, puesto que reflejan en muchas regiones la introducción de un rito de enterramiento nuevo —la inhumación individual— que, sin embargo, era conocida en otras áreas, así como la llegada de un conjunto de creencias igualmente novedosas que se ponen en evidencia en la posición que ocupan las sepulturas con respecto al área habitada.

Indudablemente son muchos los aspectos que han de tenerse en cuenta para proceder al análisis de las prácticas funerarias, desde el rito de enterramiento hasta la composición de los ajueres, pasando por la posición que ocupan los enterramientos con respecto a los lugares de habitación, el tipo o tipos de sepulturas más comúnmente utilizadas, la relación entre ellas, edad y sexo de los individuos y, por supuesto, la dispersión de tipos en las áreas geográficas. Todos estos aspectos requieren, cada uno en sí mismo, un estudio pormenorizado que no es posible llevar a cabo en este trabajo, aunque sí es factible poner de relieve que existen una serie de caracteres comunes en lo que respecta a tres puntos fundamentales:

- a) En primer lugar, las características del rito de enterramiento, es decir, si se trata de inhumaciones individuales o dobles, múltiples o colectivas y si estos ritos se habían practicado con anterioridad en las distintas áreas culturales o bien suponen una novedad.
- b) En segundo lugar, hemos de atender a la posición que ocupan las sepulturas con respecto a los asentamientos, es decir, si se encuentran intra o extramuros, y si en este último caso aparecen en forma aislada o están agrupadas, bien formando pequeñas concentraciones o bien necrópolis más numerosas, así como si se produce una evolución en lo que respecta a la elección del área destinada a practicar los enterramientos.
- c) En tercer lugar, hemos de contemplar el tipo de tumbas que se utilizan en cada región, teniendo en cuenta, igualmente, si se trata de tipos que no tienen tradición local o regional, por tanto

introducidos, o bien generados por la propia evolución, o si bien responden a modelos previamente utilizados en la misma área cultural.

Así pues, pretendemos revisar estos aspectos en Grecia Continental, Creta y las Cícladas fundamentalmente, puesto que se trata de áreas culturales, económicas y políticas profundamente interrelacionadas entre sí, contactos que permitieron el conocimiento de las costumbres funerarias de unos pueblos por otros, así como, en su caso, la adopción o transmisión de esas mismas prácticas entre algunos de ellos, e incluso el mantenimiento a diferentes niveles de relaciones con pueblos del Próximo Oriente que, igualmente, pudieron transmitir a los grupos egeos algunas de sus creencias y ritos funerarios.

Si atendemos al primero de los aspectos a que hemos aludido anteriormente, es decir, a cual es el rito de enterramiento practicado por las poblaciones que ocupan esos territorios, podemos observar que uno de los rasgos más característicos de las prácticas funerarias del II milenio a.C., en especial en su primera mitad, es que se generaliza en gran medida la «inhumación individual». De hecho, tanto en Grecia continental como en las Cícladas, e incluso en Creta, se han localizado sepulturas de ese tipo, que son muy frecuentes en las regiones centrales de Anatolia y que se conocen en Palestina desde la etapa del Bronce Antiguo-Bronce Medio (G. Posener, 1980: 569). No obstante, se continúan practicando inhumaciones múltiples y/o colectivas especialmente en Creta, donde se utilizan grandes monumentos funerarios con múltiples inhumaciones entre los que destacan los tres «tholoi» de Kamilari (D. Levi, 1962, 39 y ss.; K. Branigan, 1970) fechados durante el Minoico Medio I y II, destacando Kamilari I por contener cerca de 500 individuos que fueron inhumados junto con numerosas cerámicas, objetos personales e incluso algunas maquetas o modelos de edificios sagrados. No obstante, durante el Minoico Medio se efectúan también inhumaciones individuales en cistas y especialmente en «pithoi» y otros vasos cerámicos, rito más comúnmente practicado en la zona oriental de la isla.

En Grecia continental, pese a que el rito más común sea la inhumación individual (y excepcionalmente se pueden encontrar dobles), en diversos tipos de tumbas, destaca la presencia, tanto en el Este como en el Oeste de la península griega, de una serie de «túmulos» fechados desde los inicios del Heládico Medio, en cuyo interior se encuentran inhumaciones individuales, tal como sucede en Drachmani (Phocis) (G. Mylonas, 1951: 79), o bien múltiples, tanto primarias como secundarias, del tipo localizado en Asine (S. Dietz, 1975: 157 y ss.), o en las estructuras tumulares de Leukas (Mesenia) (O.T.P.K. Dickinson, 1977: 34), aunque

realmente las inhumaciones múltiples en una única estructura funeraria tan solo se generalizan en la fase final del Heládico Medio, cuando comienzan a utilizarse las denominadas «Shaft Graves», del tipo conocido en Lerna, algunas de las cuales contienen cinco individuos (cuatro adultos y un niño), siendo comparables en todos los sentidos a las de los denominados Círculos A y B de Micenas (J. L. Caskey, 1973: 134), que aunque fechadas en el Heládico Reciente I por sus características, muestran una cierta continuidad con la tradición funeraria anterior, aunque la riqueza de sus ajuares les proporcione una gran importancia.

En las Cícladas, es también la inhumación individual la más frecuente, aunque, como en Grecia, pueden encontrarse sepulturas dobles y múltiples, destacando entre las excavadas en Ayia Irini (Keos), la denominada T.31, la cual se ha interpretado como una sepultura familiar (G. F. Overbeck, 1975: 127) ya que contiene restos correspondientes a cinco individuos, así como las T.47 y 54 que son las únicas inhumaciones dobles. En Melos, Paros y Tera se han localizado también algunas sepulturas en las que el rito es, igualmente, la inhumación individual y, excepcionalmente, doble.

Así pues, en lo que respecta al rito de enterramiento, es evidente que existe una comunidad de creencias entre las diferentes gentes que pueblan el Egeo, aunque Creta, una potencia hegemónica durante la primera mitad del II milenio a.C., parece más conservadora, manteniendo la inhumación colectiva, tradicional en la isla. La transición entre el Bronce Medio y el Bronce Reciente se caracteriza por un incremento progresivo en la tendencia hacia las inhumaciones múltiples, tal como se aprecia en las necrópolis de Eléusis y Kephalaovryso (O.T.P.K. Dickinson, 1977, 59 y ss.) con sepulturas en las que se encuentran tres o cuatro inhumaciones. En los comienzos del Bronce Reciente en Grecia continental se inicia la construcción de grandes monumentos funerarios, tanto «Tholoi» como «Tumbas de Cámara», en las que habitualmente se practican inhumaciones múltiples o colectivas, aunque durante toda esta nueva etapa continúan siendo habituales las inhumaciones individuales o dobles en cistas (Focea, Tesalia, Ática, Beocia y Peloponeso), así como en fosas, especialmente cuando son sepulturas infantiles. Este rito se mantiene en uso hasta el Heládico Reciente III, momento en que parece haber una regresión. Por otra parte, en Grecia, así como en las islas, tanto en Creta como en las Cícladas (Rodas), se inicia un nuevo rito de enterramiento que supone una novedad en el Egeo: «la incineración total o parcial» de los individuos, siendo quizá el hallazgo más antiguo el «Tholos» 2 de Tragana (Pylos) datado en la primera mitad del siglo XIV a.C. Algo más tardíos son los hallazgos efectuados en la tumba de cá-

mara XLI de Prosyma, en varias de las sepulturas de la necrópolis de Perati (Ática), en las necrópolis de Ialysos (Rodas) y Langada (Cos), así como en el «Tholos» A de Mouliana y en Photula (Praisos), en una tumba de cámara de Kritsa (Mirabello) o en la Tumba D de Liliana (C. Mavriyannaki, 1967-68: 167 y ss.), fechándose la mayor parte de estas sepulturas a lo largo del siglo XIII a.C.

En Creta, durante el Minoico Reciente, las inhumaciones continúan siendo individuales en la zona oriental de la isla, aunque se incrementa también aquí la práctica de las inhumaciones múltiples y/o colectivas en monumentos funerarios especialmente en las denominadas «Tumbas de Cámara», e incluso en pequeñas covachas excavadas o semiexcavadas en la roca, en cuyo interior es frecuente depositar «larnakes» funerarios, que ahora adquieren forma de «caja», por contraposición a los que se habían estado utilizando a lo largo del Minoico Medio, los cuales, al igual que los más recientes, suelen contener tan solo una inhumación y ocasionalmente dos individuos.

En lo que respecta al segundo punto que planteamos anteriormente, puede señalarse que en el Egeo las inhumaciones se efectuaban frecuentemente en el interior del área habitada, tanto en Grecia Continental como en las Cícladas, donde la práctica más común es el enterramiento cerca o debajo de las estructuras de habitación, por tanto, intramuros de los asentamientos, aunque haya también enterramientos extramuros (J. L. Caskey, 1973: 133; G. Mylonas, 1951: 68 y ss.) tal como sucede en Sesklo, Eléusis, Corinto, Micenas, Heraeum Argivo o Aphidna entre otros. De hecho, parece que la inhumación en el interior de los poblados se inicia ya en el Heládico Antiguo III (O.T.P.K. Dickinson, 1977: 33-34) generalizándose durante el Bronce Medio en amplias regiones de la península griega, en tanto que en Creta, donde la tradición funeraria se muestra bastante más conservadora, las inhumaciones se encuentran habitualmente extramuros.

Las sepulturas se sitúan bajo los pavimentos de las viviendas o entre ellas, e, incluso en algunos casos, parece que algunas zonas de los asentamientos, quizá previamente abandonadas, fueron destinadas más tarde a necrópolis (O.T.P.K. Dickinson, 1977: 33), siendo este el caso de Plasi Marathon. No obstante, hay que tener en cuenta que en muchos casos las inhumaciones intramuros corresponden a niños o jóvenes cuya edad no suele sobrepasar los 15 años, en tanto que los adultos suelen inhumarse en sepulturas extramuros, tal como sucede en Malthi Dorion, aunque en algunos yacimientos como Lerna, los adultos estén enterrados en el interior del área habitada (C. B. Mee y W. G. Cavanagh, 1984: 46-47).

En muchas ocasiones pueden localizarse tanto intra como extramuros, tal como sucede en algunos de los yacimientos a que nos hemos referido anteriormente (Eléusis, Argos, Asine o Asea) (G. Mylonas, 1951 y J. L. Caskey, 1973). Las sepulturas situadas extramuros, pero sumamente próximas al área habitada, son algunas de las sepulturas de adultos de Malthi, las de Eléusis y también las de Peristeria (R. Hope Simpson y O.T.P.K. Dickinson, 1979: 167 y 200). Entre las sepulturas situadas en auténticas necrópolis localizadas fuera de los asentamientos se cuentan las de Prosymna, donde las tumbas forman entre sí pequeñas agrupaciones (C. W. Blegen, 1937), disposición observada también en las necrópolis W de Eléusis (G. Mylonas, 1975) y en el Heraeum Argivo, donde C. W. Blegen excavó 32 sepulturas distribuidas en siete grupos diferentes.

En las fases recientes del Heládico Medio aparezcan auténticas necrópolis extramuros, delimitadas mediante muros de cierre, del tipo de los conocidos «Círculos de Tumbas A y B» de Micenas, pero la práctica más común seguirá siendo la inhumación intramuros. No obstante, existe un tipo de sepulturas que siempre están situadas fuera del asentamiento y que gozan de una gran tradición en Grecia continental: las estructuras denominadas «túmulos», junto con las sepulturas de otro tipo asociadas a ellas. Los «túmulos» parece que se originan en una etapa muy antigua del Bronce Medio, e incluso es posible que una de las estructuras tumulares de Leukas (R), pudiera fecharse en el Heládico Antiguo II (O.T.P.K. Dickinson, 1977: 34). Este tipo de monumentos funerarios se encuentra tanto en el Este como en Oeste de Grecia (C.B. Mee y W.G. Cavanagh, 1984: 47-48), y difieren considerablemente en algunos detalles constructivos, pero tienen otros muchos puntos de contacto, como son la presencia de tumbas centrales, niveles de cenizas u otras evidencias de fuego, así como enterramientos en grandes «pithoi». En ocasiones, los muros de contención se reconstruyen (Asine y Marathon) introduciéndose nuevas sepulturas, tanto en cista como en «pithoi», en el interior de la estructura tumular. Los túmulos son relativamente escasos (Leukas, Drachmani, Aphidna, Marathon, Pappoulia, Samikon, etc.), así como también lo es el número de estructuras de este tipo asociadas a cada asentamiento, lo que puede interpretarse en el sentido de que se trata de monumentos funerarios pertenecientes a grupos o estratos sociales de un nivel semejante y probablemente alto, sobre todo si tenemos en cuenta la riqueza que reflejan sus ajuares (O.T.P.K. Dickinson, 1977: 34; C.B. Mee y W.G. Cavanagh, 1984: 48), hasta el punto de que se ha sugerido que se trata de las sepulturas quizá utilizadas por los gobernantes locales.

En las Cícladas, como en Grecia continental, la inhumación en el interior de las áreas habitadas se inicia a finales del III milenio (G.F. Overbeck, 1975: 16 y sigs.), aunque realmente el único hallazgo conocido lo constituye una inhumación infantil en «pithos» localizada en el interior de la denominada «Ciudad I» de Phylakopi (C. Doumas, 1977: 53), generalizándose los enterramientos en el interior o en las proximidades del área habitada durante la primera mitad del II milenio a.C., es decir, a lo largo del Cícládico Medio, siendo en este sentido Ayia Irini, en Kea, el yacimiento que reviste una mayor importancia. Las sepulturas excavadas hasta el momento permiten conocer las prácticas funerarias de los grupos que ocuparon las Cícladas. La mayor parte de las sepulturas se encuentran extramuros y tan sólo una de ellas se ubica claramente en el interior del asentamiento (G.F. Overbeck, 1975). Sin embargo, en fases más recientes (Ayia Irini V, Cícládico Reciente I), se aprecia un cambio en los ritos funerarios, puesto que es ahora cuando realmente se practica la inhumación intramuros, tanto en «pithoi» como en cista (G.F. Overbeck, 1984: 108 y ss.).

En el Próximo Oriente, durante el II milenio a.C., también se practicaron inhumaciones individuales en el interior de las áreas habitadas o en sus proximidades. De hecho, en Anatolia, se conocen enterramientos en el interior del área habitada en el «Karum» de Kanesh (R. Temizer, 26), que corresponden a inhumaciones individuales en posición fetal en cistas, fosas simples y «pithoi». Más tarde, en Anatolia, se continuarán practicando inhumaciones individuales, tanto intramuros como en necrópolis extramuros (J.G. Macqueen, 1986: 134-135), en distintos tipos de sepulturas —fosas simples, fosas cubiertas con lajas, cistas y «pithoi» siendo muy comunes, también, las inhumaciones infantiles en vasos cerámicos en el interior del área habitada, tanto bajo las casas como entre ellas.

En Palestina, ya desde finales del III milenio e inicios del II milenio a.C., también se practican inhumaciones en el interior del área habitada, tal como sucede en Jericó, donde una inhumación infantil en «pithos», quizá fundacional, se ha localizado en los cimientos de un edificio de posible carácter ritual, fechado en el período Bronce Antiguo-Bronce Medio (G. Posener, 1980: 569), aún cuando la práctica funeraria más común en esta etapa sea la inhumación individual, algunas veces doble y secundaria, en tumbas de cámara excavadas en la roca, a las que se accede a través de un pozo vertical, situadas en las laderas de los asentamientos. Durante el Bronce Medio I, las inhumaciones continúan siendo individuales en cámaras excavadas, aunque parece existir una cierta tendencia a situar las sepulturas ya en el interior del área habitada, tal

como sucede con la denominada Necrópolis del Atrio de Tell el-'Ajjul (M. Avi-Yonah y E. Stern, 1975: 52-61). En fases más tardías, aún cuando se continúa practicando la inhumación intramuros, son más numerosas las inhumaciones extramuros, generalmente múltiples, aunque las haya también individuales, especialmente infantiles en «pithoi», que se continuarán efectuando durante el Bronce Reciente, bajo los pavimentos de las casas, o entre éstas, e incluso en áreas concretas de los asentamientos.

En tercer lugar, el análisis de los diferentes tipos de sepulturas que se utilizaron en el Egeo y en Próximo Oriente a lo largo del Bronce Medio y Reciente revela que el repertorio tipológico resulta muy variado, pues pueden encontrarse cámaras excavadas en la roca, túmulos, «tholoi», cistas y tumbas de mampostería, fosas simples e inhumaciones en vasos cerámicos, tipos básicos que, a su vez, muestran una gran cantidad de subtipos y variantes. Quizá uno de los tipos de sepulturas menos frecuentes son las denominadas «rock-cut tombs», conocidas en Phylakopi I, (Melos), en los últimos momentos del Bronce Antiguo, en torno al 2.000 a.C., donde se encuentran extramuros de la ciudad, pero en su inmediata proximidad, al igual que parece suceder en algunos yacimientos continentales como Asine (G. Mylonas, 1951).

En las Cícladas, los tipos de sepulturas más comunes parecen ser las cistas hechas de lajas verticales (Ayia Irini, tumbas 13, 15, 19, 25, 28, 39 y 44), es decir de «tipo standard», así como las sepulturas de mampostería (Ayia Irini, tumbas, 29, 32, 34, 47 y 54), cuyas cubiertas suelen estar formadas por una sola laja (G. F. Overbeck, 1975: 124) así como, al igual que en Grecia continental, frecuentemente están pavimentadas con guijarros. Las inhumaciones en vasos cerámicos y «pithoi» son bastante frecuentes y se conocen en Paros, Amorgos y Ayia Irini, depositándose generalmente sobre uno de sus lados o en posición vertical, calzados o no con piedras pequeñas, en el interior de fosas (Ayia Irini), o bien de estructuras de lajas o mampostería, tal como aparecen en Ayia Irini (Keos, tumbas 27, 31, 60, 48 y 49), tipo que se utiliza incluso en Grecia continental en Pavlopetri (Laconia), en Ayios Ioannis (Pylos) y también en uno de los túmulos de Leukas («pithoi» en estructura de mampostería) (F. F. Overbeck, 1975: 133 y ss.). Los vasos cerámicos están cerrados habitualmente con lajas de piedra, fragmentos de otros vasos y también tapaderas de piedra recortadas y perforadas (T.30 de Ayia Irini, Keos) o de cerámica. También en algunas de las necrópolis cicládicas se han localizado unas sepulturas de mayores dimensiones, generalmente fosas recubiertas con muros de mampostería, que se pueden poner en relación con las denominadas «Shaft Graves» de Grecia

continental, destacando las tumbas 28, 29 y 30 de Ayia Irini (G. F. Overbeck, 1984: 108 y ss.), localizadas en la necrópolis Este y fechadas en el Periodo VI, durante el Cicládico Reciente I. No obstante, durante el Bronce Reciente, en algunas de las islas del Egeo, parece que se produce una ruptura en los ritos de enterramiento, puesto que ya que no se conocen los enterramientos de las fases más evolucionadas, tal como sucede en Ayia Irini, o en otros casos como en Rodas, las necrópolis de lalyssos (Makra Vounara y Moschou Vounara) y en Cos las de Langada y Elona, están formadas por tumbas de cámara del más puro estilo micénico continental.

En Creta se desarrollan, desde el Minoico Medio II B, las cámaras excavadas en la roca, quizá como consecuencia de la antigua tradición minoica de enterramiento en cuevas naturales, e incluso en Kytherea, en las proximidades de la «colonia» cretense, se encuentran ese tipo de sepulturas. Inicialmente, estas sepulturas tienen una planta bastante irregular, pero a partir del Minoico Medio III adquieren una mayor regularidad, tal como muestran las localizadas en Mavrospelio y en Kastri. No obstante, en la isla, a lo largo de la primera mitad del II milenio, continúan edificándose grandes «tholoi» como el de Apesokari (C. Long, 1959: 59-65), fechado en el Minoico Medio I, notable por la capilla funeraria adosada al mismo, o los localizados en las proximidades de Knossos, fechados en el Minoico Medio II B, los tres grandes monumentos de la necrópolis de Kamilari o los de Arkhanes entre otros, que se mantuvieron en uso hasta el Minoico Reciente I A en bastantes ocasiones. En muchas de estas estructuras funerarias se efectuaban depósitos e inhumaciones simples, pero en otras ocasiones los enterramientos se efectúan en «pithoi» y «larnakes». En realidad, en Creta son muy comunes las inhumaciones en «pithoi» y vasos cerámicos que, generalmente, por contraposición a Grecia o las Cícladas, no se encuentran tumbados sobre un lado, sino que se suelen depositar en posición vertical o más frecuentemente todavía en posición vertical invertida, es decir, con la boca del vaso colocada sobre un lecho de arena y piedras o en fosas, siendo este tipo de sepulturas mucho más común en la zona oriental de la isla.

A partir del Bronce Reciente, aún continuando en uso algunos de los «tholoi» construidos en el Minoico Medio, ahora se levantan nuevas estructuras funerarias que recuerdan esos monumentos. Muchos de ellos tienen un corto «dromos» y una cámara de planta cuadrada (Necrópolis de la colina Este de Ayia Triada, por ejemplo), aunque, quizá lo más importante, es la generalización de las tumbas de cámara (Gypsades, Khaniale Tekke o Zapher Papoura en Knossos entre otras) (R. W. Hutchinson, 1954: 215-228; A. Evans, 1905: 391 y ss.), con largos «dro-

mos», en ocasiones escalonados, y cámaras de planta rectangular elipsoidal, circular, etc... que nada tienen que envidiar a las grandes sepulturas micénicas. Sin embargo, continúan practicándose inhumaciones en el interior de pequeñas cavidades naturales, del tipo de las localizadas en Palaikastro (R. M. Dawkins, 1905-6: 1-8; R. C. Bosanquet, 1901-2: 297 y ss.), siendo la práctica más común en todos los tipos de estructuras funerarias las inhumaciones en «larnakes», lisos o pintados (E. Vermeule, 1972: C. Mavriyannaki, 1965: 123 y ss.), que se hacen sumamente frecuentes en el Minoico Reciente III, adquiriendo su típica forma de «caja» rectangular, con cuatro pies y una tapadera, aunque todavía se mantengan ocasionalmente en uso los tipos de «bañera» aparecidos en el Minoico Medio. Los «larnakes» se encuentran igualmente en algunas de las necrópolis micénicas de tumbas de cámara continentales como Tanagra (Tzadakis, 1977: 3-14).

No obstante, parece que el tipo más frecuente, al menos en Grecia continental, son las fosas excavadas en tierra o en la roca, que frecuentemente tienen una planta irregular, o bien fosas de planta rectangular con las paredes recubiertas de lajas (cistas de tipo «standard»), mampostería de piedra seca o de guijarros (Tumbas de mampostería) e incluso de adobes, que habitualmente tienen cubiertas de una o varias lajas de piedra, reflejando, en muchas ocasiones, la utilización de las materias primas más fácilmente accesibles en cada uno de los casos. Junto a ellas se encuentran las inhumaciones en vasos cerámicos, tanto «pithoi» como cualquier otro tipo de recipientes, e incluso, bajo grandes fragmentos de los mismos. Normalmente, estas sepulturas no están señalizadas, aunque ocasionalmente puede encontrarse una laja vertical o un pequeño círculo de piedras (J. L. Caskey, 1973: 34; O.T.P.K. Dickinson, 1977, 33 y 1983; C. B. Mee y W. G. Cavanagh, 1984: 47).

En Grecia parece que todos estos tipos de sepulturas conviven a lo largo del Heládico Medio con los monumentos de tipo túmulo, en cuyo interior las inhumaciones se practican tanto en fosas como en cistas, tumbas de mampostería o «pithoi». Aunque la datación de las sepulturas presenta algunos problemas, que en ocasiones pueden deberse a la pobreza de los ajueres de las supuestamente más antiguas, parece probable que las inhumaciones en «pithoi», habitualmente infantiles, cerradas con lajas (Aphidna) o con otros fragmentos de vasos cerámicos (Leukas), sean las más antiguas en la secuencia (J. L. Caskey, 1973: 135), decreciendo su número en el transcurso del tiempo. Junto a las inhumaciones en vasos cerámicos se encuentran las efectuadas en cistas, fosas y tumbas de mampostería, que, además, son las más frecuentes en las fases medias y recientes, estando dotadas generalmente de pavimentos he-

chos con guijarros (G. F. Overbeck, 1975: 121) y tan sólo en las etapas finales del Heládico Medio harán su aparición las denominadas «Shaft Graves»: grandes fosas excavadas cuyas paredes están revestidas de un muro de mampostería que soporta un alzado de postes que sujetan la cubierta, y que además contienen inhumaciones múltiples.

Las «Shaft Graves» se fecharían desde finales del Heládico Medio y durante el Heládico Reciente I, suponiendo un cambio de rito, puesto que son múltiples y además se reabrían cuando se procedía a cada nueva inhumación (G. Mylonas, 1957: 103 y ss.), apareciendo, además, agrupadas (Círculos A y B de Micenas), quizá debido a que reflejan una idea de «tumbas familiares», al estilo de lo que sucede en Eléusis y en algunos lugares como Kephlovryso (T. 1 de Volimidia). Pero en la misma época se están desarrollando ya otros tipos de sepulturas, especialmente las tumbas de cámara y los «tholoi», a la vez que se continúan utilizando los túmulos (Marathon y Samikon, entre otros) hasta aproximadamente el Heládico Reciente III A2 (O.T.P.K. Dickinson, 1977: 60).

Los «Tholoi», las tumbas de cámara y algunas pequeñas sepulturas construidas en mampostería, que recuerdan o imitan los «tholoi», tienen básicamente la misma planta: un largo corredor y una cámara al fondo, unidos ambos mediante el «stomion», que puede ser omitido en algunas tumbas de cámara y en los monumentos que imitan los «tholoi». Las tumbas de cámara, habitualmente, están excavadas en su totalidad en la roca, en tanto que los «tholoi» pueden haber sido construidos en superficie o bien aprovechando pequeños montículos naturales, que se excavan, aunque la cubierta de las cámaras se recubre de mampostería, proporcionando también la idea de una falsa cúpula. Las cámaras de las tumbas excavadas en la roca pueden ser circulares, elipsoidales, cuadradas, rectangulares, etc..., y algunas de ellas tienen los corredores escalonados.

No obstante, en Grecia, a lo largo del Bronce Reciente, no se abandonan algunas de las prácticas funerarias que se habían iniciado en el Heládico Medio, puesto que se conocen numerosos hallazgos de inhumaciones en fosas y cistas, tanto individuales como múltiples, tal como sucede en la acrópolis de Volos (Tesalia), en Kirrha y Krisa (Focea), donde continúan en uso las necrópolis iniciadas en la etapa anterior, en Eléusis (Atica), en Egina (donde suelen ser inhumaciones infantiles), Korakou, Prosymna y Argos (Peloponeso). Aquí, al igual que en otros yacimientos, se aprecia continuidad en el área destinada a necrópolis e incluso en Malthi (Mesenia), donde las inhumaciones infantiles continúan efectuándose bajo los pavimentos de las casas en el Heládico Reciente I (O.T.P.K. Dickinson, 1977: 65).

En líneas generales parece que en Grecia continental durante el Heládico Reciente II y hasta el III B, se produce una standarización de los tipos de tumbas, siendo desde luego los «tholoi» y las tumbas de cámara los más comunes. Sin embargo, incluso en estos monumentos, es frecuente encontrar las inhumaciones depositadas en el interior de fosas y cistas, situación que es también común en Creta y en los yacimientos cicládicos en los que parece haber una fuerte implantación micénica. Habitualmente, las fosas y pozos excavados en la roca se encuentran en las cámaras y dromos de las tumbas de cámara, tanto en los suelos como en las paredes (nichos laterales), y «tholoi» (Necrópolis de Routsí, Pylos), pero también es frecuente encontrar estas estructuras excavadas en el exterior de los monumentos funerarios. En ocasiones, las fosas tienen las paredes revestidas y son auténticas cistas, la mayoría de las cuales se han localizado en Prosymna, Menidi, Nauplia, Asine, Micenas y Dendra, con la particularidad de que gran parte de ellas se han utilizado para efectuar inhumaciones secundarias, o mejor como osarios en realidad, aunque no falten las destinadas a las inhumaciones primarias e incluso fosas que solamente contienen incineraciones (Asine, lalyssos) (G. Mylonas, 1951: 84-88).

Una modalidad peculiar y de gran importancia es la utilización de sarcófagos de madera, auténticos féretros, cuyos ejemplares más antiguos se conocen en el Círculo A de Tumbas de Micenas, aproximadamente un siglo antes de que hagan su aparición en la isla de Creta (R. Hagg y F. Sieurin, 1982: 177 y ss.), aunque quizá sea más propiamente cretense la idea de colocar a los individuos en contenedores portátiles, puesto que ya desde finales del III milenio en esta isla y con anterioridad en las Cícladas (Kephala, Keos), se practican inhumaciones en «pithoi» y «larnakes».

En principio, no hay pruebas concluyentes de que hayan existido inhumaciones en féretros de madera en Creta durante el Minoico Medio, aunque una de las sepulturas excavadas en Poros (Minoico Medio III—Minoico Reciente IA) parece que ha ofrecido algunos restos que podrían ser interpretados como correspondientes a uno de estos contenedores. Es más probable que la utilización de los féretros de madera se haya iniciado en Grecia continental, en la época de las «Shaft Graves», quizá como expresión de la idea de «aislar al individuo», idea que en Creta se había solucionado incluso utilizando sepulcros colectivos, «tholoi» y grandes fosas de tipo «Shaft Graves» (Arkhanes) mediante el empleo de «larnakes» y «pithoi». Es muy probable que estos féretros del círculo A estuvieran provistos de ornamentos de oro y se convirtieran en uno más de los objetos que manifiestan la riqueza de sus propietarios, tanto por

su decoración como por tratarse de piezas de madera, quizá tan solo comparables a los cofres que, junto con los féretros, se depositaban en el fondo de las cámaras, preservándose así el carácter individual del enterramiento y del ajuar personal, probablemente.

La utilización de los sarcófagos de madera se iniciaría en Grecia en los comienzos del Heládico Reciente I, pero no será hasta el Minoico Reciente II cuando se introduzcan en la isla de Creta, coincidiendo con la aparición de las denominadas «Tumbas de los Guerreros», es decir, con la presencia de ajuares funerarios en los que se depositan armas de bronce de tipo similar a las micénicas, cuya presencia, independientemente de su tipología, resulta una novedad en la isla. Parece que restos de sarcófagos de este tipo se han localizado en algunas de las tumbas de cámara de las necrópolis situadas en torno a Knossos y en Katsamba, de donde procede el ejemplar mejor conservado que además estaba pintado en azul sobre una base blanca. A. Evans había sugerido que quizá algunas de las inhumaciones más tardías, efectuadas en torno al Templo-Tumba de Knossos, se habían hecho en féretros de madera, y es muy posible que este tipo de objetos fueran considerados, por parte de los supuestos conquistadores micénicos de la isla, tanto como referencias directas a las prácticas funerarias de su tierra de origen como auténticos «ítems» de prestigio, que incluso pudieron dar lugar a la creación de féretros de piedra, algunos de ellos pintados, como el de la T. 4 de Ayia Triada (C. Long, 1974), aunque desde el Minoico Reciente III fueran substituidos, retornando a las prácticas más locales, por los «larnakes» cerámicos, ricamente pintados generalmente, que son el contenedor más común a lo largo de las fases más tardías del Bronce Reciente.

Evidentemente, en el extremo oriental del Mediterráneo a lo largo del II milenio se asiste a la introducción de nuevos ritos de enterramiento que conllevan nuevas costumbres funerarias, sin que ello signifique que en muchos lugares no se hayan conservado las tradiciones desde el III milenio, siendo quizá Creta el área cultural menos permeable a las influencias externas, al menos tal como ponen de relieve sus prácticas funerarias. Sin embargo, desde mediados del milenio se asiste a una inversión en la tendencia en las áreas que habían manifestado durante el Bronce Medio una mayor variedad en las prácticas funerarias, lo que resulta ciertamente significativo en Grecia continental, donde la tendencia a las «sepulturas familiares», aparecida a finales del Heládico Medio, adquiere carta de naturaleza durante la época micénica, con el desarrollo de los «tholoi» y tumbas de cámara, que pueden considerarse como monumentos funerarios destinados a la inhumación colectiva, ya que

aunque algunos de estos monumentos contienen tan sólo una inhumación, lo más común es que los muros de cierre de las cámaras sean abiertos cada vez que se procede a efectuar una nueva inhumación en esas estructuras, que en realidad podrían ser consideradas como auténticos panteones. Indudablemente, este cambio, junto con el incremento de riqueza de los ajuares, especialmente notable en las «Shaft Graves» ya desde la última fase del Heládico Medio, puede ser el resultado de un cambio radical en la estructura de la sociedad, pero también consecuencia de cambios en las creencias o incluso, quizá, deberse a motivos políticos. Estos cambios afectaron, igualmente, a la isla de Creta, donde se incrementa notablemente el número de tumbas de cámara desde finales del siglo xv a. C. y a lo largo del siglo xix a. C., y quizá puedan deberse a las mismas causas, ninguna de las cuales es, entre sí, excluyente.

Si en la cuenca oriental del Mediterráneo los cambios en las prácticas funerarias son evidentes, tanto en los inicios del II milenio, como entre la primera y segunda mitad del mismo en líneas generales, en el extremo occidental y en especial en amplias regiones de la Península Ibérica, también se aprecian una serie de innovaciones que afectan a, prácticamente, todas las parcelas de las actividades humanas. De hecho, los resultados de las excavaciones llevadas a cabo por E. y L. Siret a finales del siglo xix, permitieron conocer una de las manifestaciones más peculiares de la entonces denominada «Cultura de El Argar» (E. y L. Siret, 1980): sus ritos de enterramiento, caracterizados por la inhumación individual en diferentes tipos de sepulturas, localizadas en el interior del asentamiento o bien en su proximidad inmediata.

Estas características diferenciaban netamente la Cultura de El Argar de los complejos culturales más antiguos y también de otros más tardíos, pero, además, existían otros datos que hicieron sospechar que el origen de este complejo cultural podría no estar directamente relacionado con los complejos preexistentes sino, quizá, relacionado con unas nuevas pautas en la explotación de los recursos, especialmente en su aspecto minero-metalúrgico (E. y L. Siret, 1890). Por tanto, se planteó la posibilidad de que el origen de la Cultura de El Argar tuviera que buscarse en los contactos y relaciones mantenidos con el Mediterráneo oriental. Este punto de vista, matizado y desde posiciones en las que se defiende una mayor participación de las poblaciones autóctonas, se ha mantenido vigente durante bastante tiempo (B. Blance, 1964: 129-142), aunque recientemente existe una fuerte tendencia a considerar que la Cultura de El Argar tiene, desde su origen, raíces en la tradición cultural peninsular, desestimándose la participación de grupos o influencias mediterráneo-

orientales en su génesis (V. Lull, 1983; H. Schubart y O. Orteaga, 1983 y 1986: 289 y ss.).

Partiendo del análisis socioeconómico y espacial de los yacimientos argáricos, así como de los ritos funerarios, en algunos de los cuales se pretende ver una continuidad respecto a las prácticas de época calcolítica, se ha señalado ese continuismo entre los complejos culturales del III y II milenios en varias regiones de la Península, pese a que, precisamente en el Sureste de España, en el área donde se concentra la Cultura de El Argar, las prácticas funerarias de época calcolítica responden a la inhumación colectiva y/o múltiple en diferentes tipos de monumentos funerarios, faltando en todos los casos la inhumación individual. En realidad, hay que subrayar que existe una auténtica ruptura entre los ritos funerarios practicados durante la etapa calcolítica peninsular y los que se desarrollaran en los diversos complejos culturales de la Edad del Bronce de la Península Ibérica, aunque haya, evidentemente, áreas más conservadoras, en las que tengan continuidad las costumbres funerarias calcolíticas.

Los aspectos fundamentales en los que radica el cambio en las prácticas funerarias son, por una parte, el paso de la «inhumación colectiva» en monumentos funerarios y cuevas naturales a la «individualización» de los recintos sepulcrales, dotando a cada individuo de su propia sepultura diferenciada, y por otra parte, la tendencia fuertemente pronunciada, a utilizar como áreas destinadas a prácticas funerarias los propios asentamientos, adquiriendo así una relación de proximidad directa el mundo de los vivos con el de los difuntos, frente a lo acontecido en el III milenio a. C., en que la tendencia, salvo excepciones como Los Millares (Almería), es la adecuación de áreas más o menos alejadas de los lugares de habitación para necrópolis, en las que pueden encontrarse incluso concentraciones de monumentos funerarios. Estos dos aspectos parecen manifestar, por sí mismos, una quiebra profunda en los valores y creencias religiosas de grandes grupos de población en la Península Ibérica, quiebra que se acentúa si tenemos en cuenta otros aspectos que afectan a la vida espiritual, como es el repentino abandono de las imágenes de culto (ídolos), lo que, sumado a los cambios apreciados en la estructura económica y explotación de recursos, está sugiriendo profundos cambios. De hecho, el paso de la inhumación colectiva a las sepulturas individualizadas en el sentido de que cada individuo dispone de su propia «tumba», puede interpretarse como la manifestación de que se ha producido un cambio substancial en la estructura de muchas sociedades peninsulares, teóricamente más igualitaria durante la época megalítica, y diferenciada jerárquica y económicamente durante la Edad del Bronce.

No obstante, en la actualidad resulta difícil determinar cuales fueron los elementos y de que tipo, que generaron la transición de las sociedades calcolíticas a las supuestamente más complejas estructuras sociales de la Edad del Bronce. En ocasiones se ha sugerido que el motor del cambio fue el desarrollo de la explotación de los recursos agrícolas y ganaderos del Sureste peninsular (A. Gilman, 1976; R. W. Chapman, 1978, 261-274), lo que habría dado paso al nacimiento de una sociedad más estratificada. Otras veces se ha supuesto que tiene una mayor importancia en la génesis de la cultura Argárica la explotación de las riquezas mineras del Sureste y el avance tecnológico en la metalurgia (V. Lull, 1983), lo que daría lugar a una tendencia a la especialización que se conjuga con una aparente necesidad de protección de las vías de comunicación, recursos, producciones y comercio, lo que implicaría el nacimiento de una clase dirigente superpuesta a una sociedad especializada y estratificada.

El cambio en los patrones de asentamiento y en los modelos de explotación de recursos quedaría, así, fundamentado en dos procesos básicos:

— En primer lugar, una creciente importancia de los sistemas de producción agrícola y ganadera, conjugados con la mejora en la explotación de los recursos mineros y con los avances tecnológicos concurrentes, factores todos ellos que llevarían a una nueva distribución espacial de los asentamientos, en función de la capacidad de desarrollo de cada uno de esos factores, explicándose así el sorprendente abandono que se observa de los asentamientos y áreas de explotación de las poblaciones que se habían desarrollado a lo largo del III milenio a. C.

— En segundo lugar, el cambio económico habría estado acompañado del nacimiento de clases sociales diferenciadas, adecuadas a la nueva estructura económica, cuya única manifestación visible, al menos por el momento, sería el cambio en el ritual funerario y la diversificación de los ajuares, cuya riqueza se incrementaría en virtud del «status» de cada individuo y quizá también a lo largo del tiempo, conforme esas «elites» adquirieran un mayor poder.

Así pues, habríamos de suponer que la variación en los patrones de asentamiento y en los modelos de explotación económicos habrían llevado consigo el abandono de las prácticas funerarias tradicionales —inhumación colectiva— en favor de nuevos ritos, en los que prima la inhumación individual, lo que parece poco probable, salvo que exista, además, «una alteración radical del conjunto de creencias religiosas de las poblaciones autóctonas», originada bruscamente en una época de crisis, como parecen ser los últimos momentos del III milenio peninsular

y que aparecerán perfectamente conformadas, sin manifestaciones transicionales, ya desde los inicios de la Edad del Bronce.

En este sentido se ha sugerido que las denominadas «covachas artificiales» pueden ser el resultado del desarrollo de una formación económico-social, la argárica, que se habría estado desarrollando en las tierras llanas agrícolas sincrónicamente a los asentamientos de la Edad del Cobre regional (H. Schubart y O. Arteaga, 1986: 296) y que, una vez instalada en las tierras regadas por los ríos Antas, Almanzora y Aguas, supondría la instauración de unos nuevos presupuestos sociales, implicando que una nueva sociedad jerárquica y aristocrática habría sucedido, y quizá substituido, a la sociedad colectivista calcolítica en los inicios de la Edad del Bronce en el Sureste peninsular.

Evidentemente, estos puntos de vista sugieren que existían grupos de población suficientemente desarrollados y dotados de los medios necesarios como para proceder a una auténtica «revolución interna», en la que no tendrían cabida ni incidencia alguna factores exógenos. No obstante, resulta ciertamente sorprendente que esta evolución «coincida» en el tiempo con las profundas alteraciones que se registran en el otro extremo del Mediterráneo, ya que tanto los comienzos de la Edad del Bronce muestran modificaciones substanciales en los patrones de asentamiento y en los ritos funerarios, como a mediados del II milenio se aprecia una nueva alteración de las costumbres funerarias, pero también, en aspectos menos notorios en la vida de estas poblaciones; es decir, asistimos a la transición entre el denominado Argar A y el Argar B.

Tal como señalamos anteriormente, los ritos de enterramiento constituyen una de las manifestaciones más peculiares de la vida de las sociedades pre y protohistóricas y por ello, si aplicamos a los hallazgos funerarios del Sureste, e incluso de otras regiones de la Península, los mismos puntos de vista con que hemos considerado los enterramientos del Mediterráneo Oriental, observaremos que existen una serie de circunstancias cuya coincidencia no deja de ser sorprendente. En primer lugar, hay que poner de relieve que tanto en el área nuclear de la Cultura de El Argar (E. y L. Siret, 1890; V. Lull, 1983; H. Schubart, 1976; H. Schubart y O. Arteaga, 1986; F. Molina y J. M. Roldán, 1983: 89-107) como en las regiones periféricas e incluso en el denominado Bronce de La Mancha, tanto en su facies «castellones» como la facies «motillas», así como en el Bronce del SW, lo más frecuente es la inhumación individual, ocasionalmente doble y, excepcionalmente, pueden contener las tumbas entre tres o cinco individuos. Las inhumaciones suelen depositarse en posición fetal y cuando existe una segunda inhumación en la misma sepultura, habitualmente los restos del primer individuo suelen

estar arrinconados a un lado del recinto sepulcral. A veces, se han encontrado individuos en posición extendida, siempre en sepulturas de grandes dimensiones.

Este rito, «la inhumación individual», carece de tradición en la Península Ibérica», puesto que en el III milenio a.C., lo más común es la inhumación colectiva en monumentos funerarios o en cuevas artificiales o naturales y tan sólo se conocen algunos enterramientos «individualizados», del tipo de los localizados en los yacimientos portugueses de Lapa do Bugio o Lapa do Fumo (A. Farinha, 1964: 99 y ss.; E. da Cunha Serrao, 1971, 119 y ss.) y las sepulturas «campaniformes» (R. J. Harrison, 1977) halladas en las regiones del interior o en Andalucía Occidental, que sin embargo faltan en el Sureste, precisamente en la zona en la que parece originarse la Cultura de El Argar. Por tanto, al menos en esta región de la Península podría apreciarse una ruptura brusca con la tradición anterior, ruptura que, como hemos señalado anteriormente, se ha pretendido explicar desde diferentes puntos de vista; pero no deja de ser sorprendente que en muchas regiones del Mediterráneo Oriental como Palestina, varias zonas de Grecia, e incluso en Creta, la transición entre el III y II milenios a.C., refleje una situación muy semejante, con un incremento muy fuerte de la tendencia a la inhumación individual.

En segundo lugar, si atendemos a la posición que ocupan las sepulturas respecto a las áreas de habitación, hay que señalar que la mayoría de ellas parecen encontrarse intramuros, habitualmente bajo los pavimentos de las estructuras domésticas o entre ellas, muy probablemente también en zonas ya no habitadas de los asentamientos e incluso se localizan en la proximidad inmediata de los asentamientos, en ocasiones en zonas que no estaban ocupadas inicialmente, aunque posteriormente lo fueran, tal como parece suceder en Fuente Alamo (H. Schubart y O. Arteaga, 1986). Respecto a la posición de las sepulturas, es también notable que el proceso sea, en cierto modo, similar al seguido en el Mediterráneo oriental, practicando en muchas ocasiones las inhumaciones en las áreas de habitación, especialmente si se trata de niños o jóvenes. Así pues, el paralelismo entre las prácticas funerarias egeo-orientales y peninsulares no se limita al rito de enterramiento sino también a la elección de determinadas zonas para efectuar los enterramientos —elección que revela unas creencias de carácter bien diferente a las que debieron tener las poblaciones peninsulares de la etapa calcolítica—.

Si el rito y las zonas elegidas para necrópolis resultan ciertamente similares, los tipos de sepulturas revelan que también en este aspecto existen grandes analogías entre los dos extremos del Mediterráneo. La

morfología de las sepulturas peninsulares, especialmente de las localizadas en el Sureste y en varias zonas del interior, es muy variada, aunque hay dos tipos básicos: las excavadas en la roca o en niveles subyacentes y aquellas que se construyeron «ex profeso» con la intención de que quedaran a la vista del espectador (C. Poyato y A. Vázquez Hoys, 1988). Cada uno de estos tipos se subdivide en varios subtipos y variantes, lo que, junto a que pueden encontrarse fenómenos locales, característicos de un yacimiento o una zona determinadas, implica un repertorio tipológico sumamente amplio.

Entre las sepulturas «excavadas» destacan las denominadas «cava-chas artificiales», con una cámara de reducidas dimensiones y un corto pozo o «dromos» de entrada, cuyos cierres pueden ser lajas —verticales o inclinadas—, calzadas con piedras pequeñas, o pequeños muretes. No son muy numerosas y se conocen algunas de ellas en Fuente Alamo (H. Schubart y O. Arteaga, 1986: 296), Lugarico Viejo y El Argar (T. 528-537; E. y L. Siret, 1890, Lám. 49) en Almería, así como en La Loma de la Balunca y el Castellón Alto, en Granada (F. Molina et al. 1986: 356-358). El rito suele ser la inhumación individual, aunque también las hay dobles con una inhumación secundaria y muy pocas son triples (adulto con dos niños). Se encuentran, al parecer, extramuros de los asentamientos o incluso en el interior de los mismos y, en líneas generales, podrían relacionarse con las denominadas «rock cut tombs» que, aunque poco frecuentes en el Egeo, como señalamos anteriormente, parece que se encuentran al comienzo del Bronce Medio, en tanto que en Palestina constituyen uno de los tipos de sepulturas favoritos a lo largo del II milenio a.C., tanto si en ellas se practican inhumaciones individuales como múltiples, e incluso, colectivas.

En realidad el tipo más frecuente son las «fosas» excavadas en la roca o en niveles subyacentes, que pueden encontrarse sin ningún tipo de revestimiento o bien revestidas de diferentes estructuras construidas. Las «fosas simples», es decir sin revestimiento de sus paredes, son poco comunes, aunque se conocen algunas en El Picacho (F. Hernández, I. Dug, 1975: 89-99), en Monachil (F. de la Torre y L. Sáez, 1975: 406), en La Bastida de Totana y también en el Cerro de la Encantada (E. Sanz, 1986), que suelen corresponder a inhumaciones individuales, en ocasiones protegidas mediante lajas o piedras amontonadas, destacando que los individuos puedan ser depositados sobre una especie de pavimentos o lechos de piedras, tal como sucede en El Picacho (Almería).

No obstante las «fosas revestidas» constituyen el grupo más numeroso, puesto que en ellas se incluyen las cistas de lajas (tipo standard), las tumbas de «lajas», es decir, con sus paredes revestidas de lajas

pequeñas o medianas dispuestas unas junto a otras en posición vertical y en ocasiones calzadas con piedras pequeñas; las «tumbas de mampostería», simple o compleja, es decir, fosas con las paredes revestidas de una sola hilada de piedras dispuestas unas junto a otras, o bien de muretes de mampostería de piedra seca; las «tumbas mixtas», es decir aquellas en las que se combinan varias técnicas constructivas: roca parcialmente recortada completando el resto del recinto sepulcral con lajas o pequeñas alineaciones de piedras (La Encantada, Ciudad Real, Tumbas 22 y 26); otras hechas con «losas y piedras», como las excavadas por los hermanos Siret en Zapata y El Argar (E. y L. Siret, 1890: 130-131, lám. 29); o bien otras sepulturas que se han construido aprovechando muros para formar uno o más de sus lados, en tanto que en el resto de la estructura se utilizan lajas, del tipo de las excavadas en Ifre (T. 5, E. y L. Siret, 1890: 120, lám. 17, Plano III) y en el Departamento IV del Cabezo Redondo de Villena (J. M. Soler, 1987: 34, lám. 12).

Las cistas de tipo «standard», es decir, fosas con las paredes revestidas con grandes lajas que forman además la cubierta y el fondo, se conocen en varios yacimientos almerienses como Fuente Alamo, donde aparecen a lo largo de toda la secuencia argárica, correspondiendo las de mayores dimensiones a Fuente Alamo II, en tanto que en Fuente Alamo III se reduce su tamaño, y en Fuente Alamo IV se hacen aún más pequeñas, al tiempo que tiende a reducirse numéricamente su presencia, incrementándose alternativamente los «pithoi», que parecen ser más típicos en El Argar B Pleno (H. Schubart y O. Arteaga, 1986: 296-7). En El Argar hay varias sepulturas de este tipo, destacando el hallazgo de algunas de ellas introducidas en el interior de estructuras de mampostería de planta rectangular de grandes dimensiones (E. y L. Siret, 1890: 161 y 163, lám. 66). Las fosas revestidas de lajas son menos comunes y se encuentran, exclusivamente, en los yacimientos adscritos al Bronce de la Mancha, tanto en su facies «motillas» (El Azuer) como la de «los castellones» (Cerro de la Encantada), donde hay 16 sepulturas de este tipo de las 43 excavadas hasta la fecha (E. Romero, 1985; E. Sanz, 1986).

Las fosas revestidas de estructuras de mampostería, es decir, de alineaciones de piedras (mampostería simple) o de muretes de piedra seca (mampostería compleja), no son muy comunes, concentrándose en las tierras del interior, ya que se conocen varias sepulturas de este tipo en el Cerro de La Encantada (G. Nieto y J. S. Meseguer, 1980; G. Nieto et al. 1983, 9 y ss.), así como en La Terrera del Reloj, donde se trata de fosas rectangulares u ovals, en las que la estructura de mampostería parece que encerraba una especie de «cajón o encofrado» de madera en cuyo interior se depositaba el individuo (F. Molina et al., 1986: 354-6). Muy poco frecuentes son las sepulturas de grandes dimensiones, con

pavimento de lajas y con postes de madera del tipo de la excavada en el Cerro de la Virgen de Orce, que contenía una única inhumación femenina (W. Schule, 1976: 38-48), y cuyas características hacen pensar que se trata de una sepultura que quizá podríamos comparar con las de tipo «Shaft Graves», excepcionales también en Grecia. Por otra parte, la presencia de «cajones» o «encofrados» de madera en La Terrera del Reloj, sugiere una posible analogía con la utilización de féretros de madera en el Egeo, y quizá también con el mismo sentido, es decir, proteger e individualizar aún más al difunto, sobre todo si en la misma estructura se han introducido más individuos.

Evidentemente, tanto las sepulturas de cistas de tipo «standard», como las de lajas o mampostería, tienen claros paralelos en el extremo oriental del Mediterráneo a tenor de lo expuesto anteriormente, pero estos paralelismos se acentúan notablemente cuando analizamos el grupo de inhumaciones que se han efectuado en «pithoi» o en vasos cerámicos en general. De hecho, en los yacimientos peninsulares se han localizado numerosas inhumaciones en recipientes cerámicos. Muchas veces son infantiles o corresponden a adolescentes, aunque no por ello faltan las de adultos. Muchas de estas inhumaciones se han efectuado en «pithoi», de grandes dimensiones o de tamaño más reducido, pero también es frecuente la utilización de vasos carenados, ovoides, de paredes verticales e incluso copas (E. y L. Siret, 1890: 247), que suelen depositarse en posición horizontal o ligeramente inclinados, pero siempre con la boca más alta, calzados con piedras en numerosas ocasiones y casi siempre en el interior de fosas excavadas en el suelo. Los vasos cerámicos suelen estar cerrados mediante lajas de piedra, molederas, pequeños muretes de mampostería, otros vasos o fragmentos cerámicos e incluso es posible encontrar urnas introducidas dentro de otras, y «pithoi» dispuestos de tal forma que están enfrentados por las bocas, cerrándose entre sí. Tampoco faltan las inhumaciones en fragmentos de vasos (El Argar y Cabezo Redondo de Villena, v. g.), e incluso los vasos cerámicos pueden estar introducidos en el interior de «fosas revestidas de mampostería» o de cistas (T. 24 de Lugarico Viejo) (E. y L. Siret, 1890: lám. 19).

Menos frecuentes son los vasos cerámicos depositados en posición vertical, aunque destacan algunos yacimientos como El Picacho, en Almería, donde las diez inhumaciones son de este tipo (F. Hernández, I. Dug, 1975), pero también se conocen en El Argar y Fuente Alamo (E. y L. Siret, 1890: 168, láms. 29 y 65). Los «pithoi» y vasos cerámicos se encuentran, en ocasiones, incluidos en los muros de las estructuras domésticas o incluso adosados a los mismos, conociéndose varios hallazgos de este tipo en yacimientos almerienses como Gatas, El Oficio

(Construcciones A, C y F), Zapata (T. 34), Fuente Alamo (Casa B y Habitación M), al menos de acuerdo a la información proporcionada por los hermanos Siret (1890), así como en el Cabezo Redondo de Villena, donde en el Departamento XIII se localizó un vaso funerario introducido en el interior de un banco corrido de mampostería (J. M. Soler, 1987: 64-68, Láms. 24-26, figs. 17-8).

Junto a estos tipos de sepulturas, que son quizá las más comunes, se encuentran otras manifestaciones locales, que fundamentalmente continúan manteniendo el rito y la posición con respecto al área habitada y que no excluyen, en modo alguno, la presencia de los tipos generales, sino que resultan, muchas veces, complementarias. De hecho, es relativamente frecuente que los individuos se depositen en interior de grietas, oquedades y pequeñas cuevas naturales, bien directamente, sin ningún tipo de contenedor, tal como sucede en Castillo de Locubin (J. Carrasco y J. A. Pachón, 1986: 361-371), en Lugarico Viejo, Zapata, Gatas, El Oficio (E. y L. Siret, 1890: 101-3; 221; 247; láms. 16, 19, 20, 59, 61) o La Encantada. No faltan tampoco las inhumaciones en vasos cerámicos depositados en cistas como los conocidos en Cobatilla la Vieja (M. Ayala, 1986: 335-338) o en La Horna y en el Cabezo Redondo de Villena (M. Hernández, 1986: 342), o bien dispuestos en el interior de grietas u oquedades naturales, al estilo de los enterramientos conocidos en Zapata y en el Cerro de la Encantada, donde una inhumación de este tipo se ha localizado en la ladera norte del Sector A.

En este yacimiento meseteño, además, se han excavado unas sepulturas «exentas», es decir, construidas «ex profeso» para que estuvieran a la vista del espectador, en las que las inhumaciones en vasos cerámicos se han introducido en estructuras de mampostería adosadas a unos edificios de carácter ritual (T. 1 y T. 7), en uno de los cuales se encontraba un altar de «cuernos de la consagración», cuya presencia invita a considerar que se trata muy probablemente de capillas o templos en los que efectuaban ceremonias vinculadas en alguna forma con la muerte. En la Península Ibérica no se han localizado hasta el momento «templos» similares, pero tanto en Ayia Irini (G. F. Overbeck, 1984), en Keos, como en Knossos (Templo Tumba), se ha puesto de manifiesto la existencia de recintos destinados a ser capillas de carácter funerario, siendo, quizá, lo más interesante, que el Templo-Tumba de Knossos, haya ofrecido además un «altar de cuernos de la consagración» localizado en la capilla de la planta superior del complejo funerario que, aunque probablemente construido para un personaje único, sería utilizado como necrópolis a lo largo del Minoico Reciente I y II.

Las inhumaciones en vasos cerámicos ponen de manifiesto la presencia de un rito de inhumación que resulta absolutamente extraño a las poblaciones peninsulares del III milenio y qué, probablemente, puede deberse a los contactos mantenidos con el extremo oriental del Mediterráneo pues, en caso contrario, su presencia resulta difícilmente explicable (H. Schubart y O. Arteaga, 1983: 57), aún teniendo en cuenta que en la secuencia estratigráfica de Fuente Alamo no hacen su entrada hasta el Argar B, en torno al siglo xv a.C., situación que en cierto modo se repite en el Cerro de La Encantada, donde las inhumaciones en vasos cerámicos parecen corresponder, también, a los momentos más tardíos de la Fase III.

La inhumación en vasos cerámicos en el Egeo y Próximo Oriente tiene una larga tradición, como ya hemos puesto de manifiesto, y, aunque en muchas zonas se mantuvo en uso durante el Bronce Reciente, es más frecuente a lo largo del Bronce Medio, lo que implica que en la Península Ibérica haría su aparición cuando en el extremo oriental del Mediterráneo está entrando en franca regresión, aunque eso sí, coincidiendo con la aparición de las escasas evidencias materiales localizadas hasta el momento en la Península Ibérica (J. C. Martín, 1988: 359), época en la que también se situaría una evidencia no material sino «espiritual» como es el hallazgo del altar de «Cuernos de la Consagración» en el Cerro de la Encantada que, junto con el localizado por los Siret en El Oficio (J. S. Meseguer, 1985: 125-174) plantean la posibilidad de que las relaciones con el Egeo escapen al plano de lo meramente material.

De hecho, las relaciones de nuestra Península con el extremo oriental del Mediterráneo se han cuestionado en estos últimos años, pero un sumario análisis de los ritos y prácticas funerarias de la Península Ibérica pone de manifiesto que no son tan sólo las inhumaciones en vasos cerámicos las que resultan semejantes y potencialmente debidas a la influencia egeo-oriental, sino que la elección de nuevos modelos en cuanto al rito —inhumación individual frente a la colectiva—, y en cuanto a la posición respecto a los asentamientos —inmediata proximidad o intramuros, frente al distanciamiento generalizado de la etapa anterior—, e incluso la utilización de tipos de sepulturas de morfología muy similar a las mediterráneas, ya desde las fases más antiguas de la cultura de El Argar —«covachas artificiales», cistas, tumbas de mampostería, etc..., frente a los monumentos funerarios megalíticos— son factores que, pese a la inexistencia aún de evidencias materiales, sugieren que las relaciones que parecen haber cristalizado en la segunda mitad del II milenio a.C., es muy probable que existieran desde etapas muy anteriores, aunque de ellas no tengamos otras pruebas que la analogía que ofrecen las

prácticas funerarias de uno y otro extremo del Mediterráneo. De hecho, no deja de resultar extraño que en los inicios del II milenio, las pautas de comportamiento de las sociedades egeo-orientales y de la Península ibérica reflejen cambios muy similares, sin que exista, al menos hoy por hoy, la posibilidad de establecer relaciones entre ambos extremos del Mediterráneo que trasciendan más allá de términos meramente espirituales, manifestados en las prácticas funerarias.

En todo caso, hay que poner de relieve que la coincidencia en el tiempo que presentan ambos extremos del Mediterráneo sugieren que, en cierta forma, en ambas regiones se desarrolló un fuerte deseo de preservar y aún de acentuar, el carácter individual de las sepulturas, quizá como manifestación de nuevas estructuras sociales con clases diferenciadas y una jerarquización que se haría evidente en la propia morfología de las sepulturas y, especialmente, en los ajueres funerarios. En ellos, la presencia de armas, objetos de adorno de oro y plata, acompañando a otros objetos (cerámicas, fundamentalmente y algunos útiles), podría ser tenida como reflejo del «status» social de los propietarios de cada una de las sepulturas.

No obstante, mientras en el Mediterráneo Oriental, a partir de aproximadamente mediados del II milenio a.C., la tendencia a «individualizar» al difunto se invierte, quizá en función de un extraordinario desarrollo social, político y económico, en la Península Ibérica la tendencia continúa estable, manteniéndose ese sentido «individualista», quizá acentuado por una utilización más profusa de las inhumaciones en «pithoi» y vasos cerámicos en general. Es probable que los complejos funerarios excavados en el Cerro de la Encantada (Ciudad Real), sean una manifestación, a alto nivel, del grado de jerarquización que han alcanzado las sociedades del Bronce de la Mancha, donde algunos individuos no sólo tienen «derecho» a una sepultura individualizada, sino que también pueden acceder, quizá en función de su «status» social privilegiado, a la posesión de una sepultura vinculada directamente a un edificio, a un templo, en el que quizá se celebraban cultos o ceremonias en honor de alguna deidad, desconocida para nosotros, pero simbolizada en los «cuernos de la consagración», probablemente relacionada con cultos de carácter ctónico, sin que haya que descartar la posibilidad de que los individuos enterrados en las sepulturas 1 y 7 del Cerro de la Encantada pudieran haber sido personajes relacionados a su vez con esas prácticas religiosas, o incluso individuos con un «status» social y político lo suficientemente alto como para poder relacionarse en su muerte directamente con un edificio destinado a celebrar cultos y ceremonias en su propio honor.

Evidentemente, el carácter del Templo Tumba de Knossos y de la T. 1 de Ayia Irini resulta muy similar, y no deja de ser extraño que en los dos extremos del Mediterráneo haya incluso analogías de este tipo, no limitándose pues, las relaciones, al plano meramente material, sino que parecen haber alcanzado mayor intensidad en el ámbito de lo espiritual.

BIBLIOGRAFÍA

- AVI-YONAH, M. (Ed.), 1975: *Encyclopedial of Archaeological excavations in the Holy Land*. Oxford University Press.
- AYALA DE JUAN, M., 1986: La Cultura de El Argar en Murcia. Datos actuales. Un avance para su estudio. *Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret»*, 329 y ss.
- BLANCE, B., 1964: The Argaric Bronze Age in Iberia, *Rev. Guimarães*, LXXIV, 129-142.
- BLEGEN, C. W., 1937: *Prosymna. The Helladic Settlement preceding the Argive Heraion*. Cambridge University Press.
- BLEGEN, C.W., RAWSON, M., TAYLOUR, W. y DONOVAN, W. P., 1973: *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia. Vol. III*. Princeton University Press.
- BOSANQUET, R. C., 1901-2: Excavations at Palaikastro, *Annals of the British School at Athens (ABSA)*, VIII, 286 y ss.
- 1902-3: Excavation at Palaikastro II. *ABSA*, IX, 274 y ss., 1902-3.
- BRANIGAN, K., 1970: *The Tombs of the Mesara*. London.
- CARRASCO, J. y PACHON, J. A., 1986: La Edad del Bronce en la provincia de Jaén. *Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret»*, 361-377.
- CASKEY, J. L., 1973: Greece and the Aegean islands in the Middle Bronze Age. *The Cambridge Ancient History*, Vol. II, Part 1116-140.
- CHAPMAN, R. W., 1978: The evidence for prehistoric water control in Southeast Spain. *Journal of Environments*, 1, 261 y ss.
- CUNHA SERRAO, E. DA, 1971: Estrato precampaniforme da Lapa do Fumo. Coimbra. *Actas de II Congresso Nacional de Arqueología*, págs. 119 y ss.
- DAUX, G., 1967: Chronique des fouilles et decouvertes archéologiques en Grèce en 1966. *Bulletin de Correspondence Hellénique (BCH)*, 91, 623-890.

- DAVIS, J. L., 1986: *Keos V. Ayia Irini Period V*. Mainz on Rhine, P. von Zabern.
- DAWKINS, R. M., 1905-6: Excavations at Palaikastro V. *ABSA*, XII, 1 y ss.
- DICKINSON O.T.P.K., 1977: *The Origins of Mycenaean Civilization*. Göteborg, Studies in Mediterranean Archaeology (SIMA), XLIX.
- 1983: Cist Graves and Chamber Tombs. *ABSA*, 78, 55-68.
- DIETZ, S., 1975: A Bronze Age Tumulus Cemetery in Asine, Southern Greece. *Archaeology*, 28, 3, 157-163.
- EVANS, E., 1905: The Prehistoric Tombs at Knossos. *Archaeologia*, XII, 391 y ss.
- FARINHA ISIDORO, A., 1964: A Lapa do Bugio (Necropole prehistorica da Azoia). *Trabalhos de Anthropologia e Etnologia*, XIX, págs. 69 y ss.
- FRODIN, O. y PERSSON, W., 1938: *Asine. Results of the Swedish Excavations 1922-1930*. Estocolmo.
- GILMAN, A., 1976: The Economic Foundations of Bronze Age. Florescence in Southeast Spain. *VII Congress UISPP*, 197 y ss.
- HAGG, R. y SIEURIN, F., 1982: On the origin of the Wooden Coffin in Late Bronze Age Crete. *ABSA*, 77, 177-186.
- HARRISON, R. J., 1977: *The Bell Beakers Cultures of Spain and Portugal*. Cambridge-Mass., American School of Prehistoric Research, Bulletin 35. Peabody Museum, Harvard University.
- HERNÁNDEZ, F. y DUG, I., 1975: *Excavaciones en el poblado de «El Pí-cacho»*. Madrid, EAE 95.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M., 1986: La Cultura de El Argar en Alicante. Relaciones temporales y espaciales con el mundo del Bronce Valenciano. *Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret»*, 341 y ss.
- HOPE SIMPSON, R. y DICKINSON, O.T.P.K., 1979: *Gazetteer of Aegean Civilization in the Bronze Age I.—The Mainland and the Islands*. Göteborg, Studies in Mediterranean Archaeology, LII.
- HUTCHINSON, R. W., 1954: The Khaniale Tekke Toms. *ABSA*, XLIX, 215 y ss.
- HOOD, M. S. F., 1958-9: Another Warrior-Grave at Ayios Ioannis near Knossos. *ABSA*, LI. 81-103.
- IMMERWARH, S. A., 1971: *The Athenian Agora Vol. XIII: The Neolithic and Bronze Ages*. Princeton, N. Jersey-American School of Classical Studies at Athens.
- KENYON, K. M., 1973: Palestine in the Time of the Eighteenth Dynasty. *The Cambridge Ancient History*, Vol. II, Part. 1.526-556.
- LEVI, D., 1962: La Tomba a Tholos di Kamilari. *Annuario della Regia Scuola Italiana di Atene*, N. S. XXVI, 39 y ss.

- LONG, Ch. R., 1959: Shrines in Sepulchres? A Re-examination of three Middle to Late Minoan Tombs. *American Journal of Archaeology*, 59-65.
- LULL, V., 1983. La «Cultura» de El Argar. *Un modelo para el estudio de formaciones económico-sociales prehistóricas*. Madrid, Ed. Akal.
- MACQUEEN, J. G., 1986: *The Hittites and their contemporaries in Asia Minor*. London, Thames & Hudson.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1988: Problemas de Navegación en el Estrecho de Gibraltar a finales del Segundo Milenio a.Cr. *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, t. I, 357-360.
- MAVRIYANNAKI, C., 1967-8: Incinerazioni del Tardo Minoico III nella Creta Occidentale *Annuario della Reale Scuola Archeologica di Atene*, N. S. XXIX-XXX, 167-179.
- , 1972: *Recherches sur les Larnakes minoennes de la Crete Occidentale*. Roma, Incunabula a Graeca, LIII.
- MEE, C. B. y CAVANAGH, W. G., 1984: Mycenaean Tombs and evidence for social and political organization. *Oxford Journal of Archaeology*, 3, 3, 45-64.
- MOLINA, F. y ROLDÁN, J. M., 1983: *Granada. De las primeras culturas al Islam*. Granada, ed. Quijote.
- MONTEIRO, R. y CUNHA SERRAO, E. DA, 1959: Estação Isabel-Necropole prehistorica da Zoia. Lisboa. *Actas y Memorias do I Congresso Nacional do Arqueologia*, Vol. I, págs. 407 y ss.
- MYLONAS, G., 1951: The Cult of the dead in Helladic Times. En G. Mylonas (Ed.), *Studies presented to David M. Robinson*, vol. I, University St. Louis, 64 y ss.
- , 1957: *Ancient Mycenae the Capital City of Agamenon*. Princeton University Press.
- , 1966: *Mycenae and Mycenaean Age*. Princeton University Press.
- NIETO GALLO, G. y SÁNCHEZ MESEGUER, J., 1980: *El Cerro de la Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real)*. Madrid, EAE, 113.
- NIETO GALLO, G., SÁNCHEZ MESEGUER, J. et al., 1983: El Cerro de la Encantada (Granátula de Calatrava). Campaña de 1979. Madrid, *N.A.H.*, 17, 9 y ss.
- OVERBECK, G. F., 1975: *Graves and burial. Customs at Ayia Irini, Kea*. Michigan, Xerox University Microfilms, Ann Arbor.
- , 1984: The development of Grave Types at Ayia Irini, Kea. En J. A. Gillivray y R. L. N. Barber (Eds.). *The Prehistoric Cyclades. Contributions to a workshop on Cycladic Chronology*. 114-118.
- PENDLEBURY, J. D., 1939: *The Archaeology of Crete*. London. MacMillan.

- POSENER, G., 1980: Syria and Palestine in the Heracleopolitan Period and the Eleventh Dynasty. *The Cambridge Ancient History*, Vol. I, Part. 2, 532-594.
- POYATO, C. y VÁZQUEZ HOYS, A., 1988: «Cultes et pratiques funéraires dans le litoral méditerranéen de la Péninsule Ibérique dans le Bronze Moyen». *Second International Conference on Archaeology of Ancient Mediterranean*. Malta 17-20 diciembre 1988, en prensa.
- ROMERO SALAS, H., 1985: *La Facies necrópolis del Cerro de la Encantada y los complejos funerarios*. Granátula de Calatrava, Ciudad Real. Memoria de Licenciatura, inédita. Madrid, Universidad Autónoma.
- SANCHEZ MESEGUER, J. et al., 1985: El Altar de Cuernos de la Encantada y sus paralelos orientales. Ciudad Real, *Oretum* I, 125-174.
- SANZ DEL CERRO, E., 1986: *Modelo metodológico para el estudio de las necrópolis del Bronce Medio Peninsular*. Memoria de Licenciatura, inédita, Madrid, Universidad Autónoma.
- SIRET, E. y L., 1890: *Las primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*, Barcelona.
- SCHUBART, H., 1976: Relaciones mediterráneas de la Cultura de El Argar, *Zephyrus* XXVI-XXVII, 331 y ss.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O., 1983: Excavaciones en Fuente Alamo y la Cultura de El Argar. *Rev. de Arqueología*, n.º 24-26.
- , 1986: Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar. *Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret»*, 289 y ss.
- SCHULE, A. y W., 1976: Kolonialismus in Europa vor Christi Geburt. *Antike Welt* 7, fasc. 2, 38 y ss.
- SOLER, M., 1987: *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*. Villena. Ayuntamiento de Villena, Instituto de Estudios «Juan Gil Albert».
- TAYLOR, W., 1983: *The Mycenaeans*. London, Thames & Hudson.
- WACE, A. J. B., 1932: *Chambers Tombs at Mycenae*. *Archaeologica* 82.
- VERMEULE, E. T., 1965: Painted mycenaean Larnakes. *Journal of Hellenic Society (JHS)*, LXXXV, 123 y ss.
- , 1971: *Grecia en la Edad del Bronce*. Méjico, Fondo de Cultura Económica.